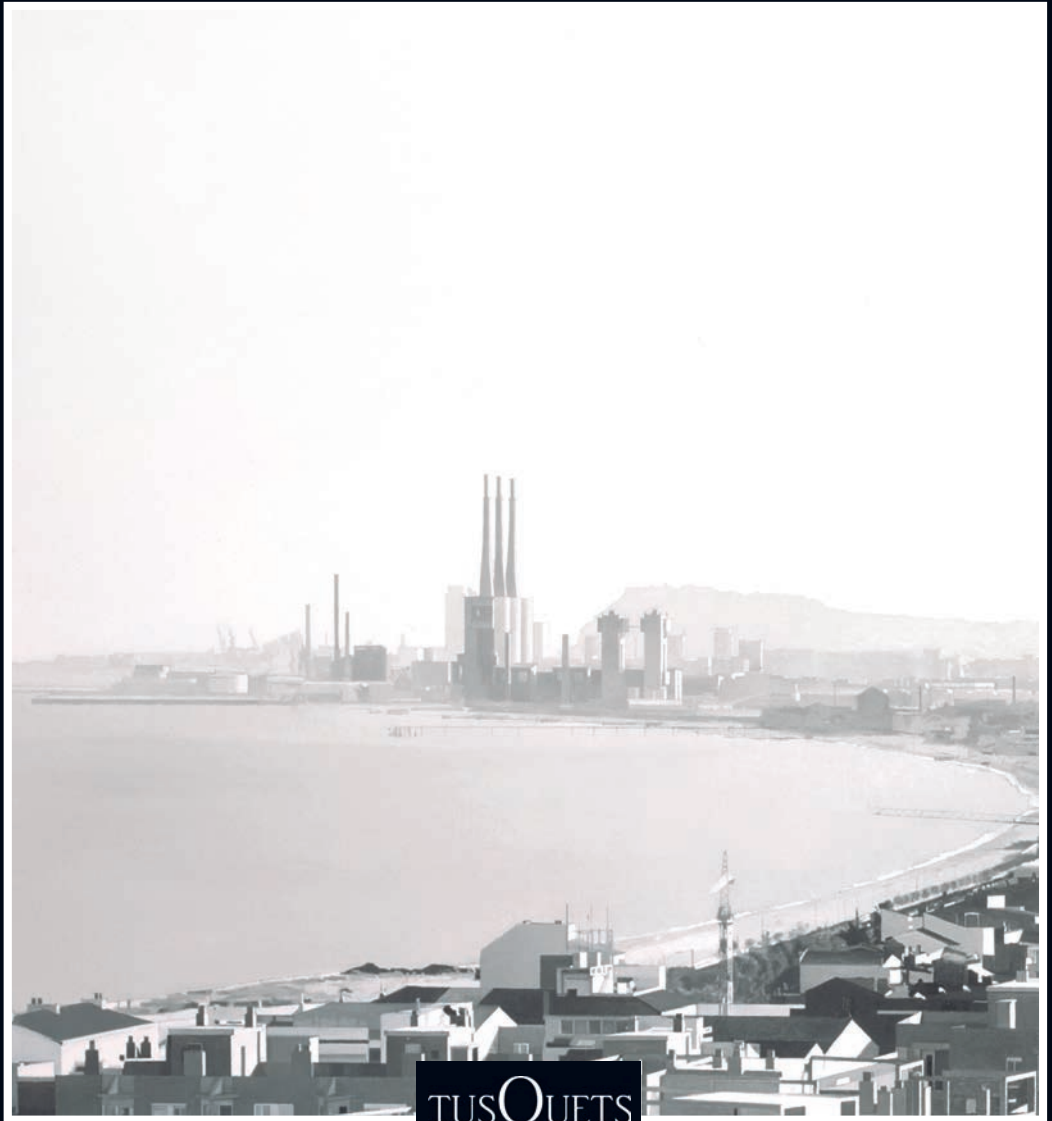


Juan Trejo

LA OTRA PARTE
DEL MUNDO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JUAN TREJO
LA OTRA PARTE DEL MUNDO

TUSQUETS
EDITORES

1ª edición: abril de 2017

© Juan Trejo, 2017

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-400-1
Depósito legal: B. 3.225-2017
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impresión: CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Esta es una historia de amor.

Lo que aquí se narra tiene lugar en un momento muy confuso de la historia de Occidente. El mundo está sumido desde hace ocho años en una crisis económica de amplias dimensiones, similar por su alcance a la ocurrida un siglo antes, tras el famoso crac de 1929. A las inevitables consecuencias financieras han venido a sumarse durante este tiempo infinidad de repercusiones políticas y sociales. Las consecuencias más significativas, sin embargo, han tenido lugar a un nivel íntimo y personal, lo que ha provocado que los valores tradicionales, cuestionados desde hacía décadas, hayan quedado en suspenso de manera indefinida.

Por ese motivo, en el momento en que empieza esta historia resulta muy complicado intentar definir qué significan conceptos como libertad, responsabilidad, compromiso, dignidad. O amor. El amor también se ha visto afectado. De hecho, si hubiese que buscar una sola palabra comprensible con la que precisar el momento histórico, social y sentimental en el que transcurre esta historia, el término más adecuado sería inestabilidad. Inestabilidad como aquello que está en

peligro de cambiar, caer o desaparecer; un peligro inminente.

Hay que tener estas cuestiones en consideración porque esto es un cuento, o una novela si se prefiere, y necesitamos un marco, un contexto que aporte verosimilitud y aferre lo que se narra a un tiempo concreto. Así pues, se remitirá a menudo a lo dicho arriba, y debería resultar útil en algunos momentos para captar ciertos significados sutiles o matices difíciles de apreciar a simple vista. Pero esta es una historia que tiene que ver con personas y, por lo tanto, hay que adoptar otra clase de enfoque.

La historia comienza en un punto geográfico muy específico del sur de Francia, de la región de la Provenza para ser exactos. Se trata de un pueblo muy pequeño, casi minúsculo, llamado Le Thor, perteneciente al departamento de Vaucluse, a menos de veinte kilómetros de Aviñón hacia el este, camino de L'Isle-sur-la-Sorgue.

Si ubicar ese pequeño pueblo en un mapa ya supone un reto, todavía más complicado resulta llegar a la casa de Henri, en la que está alojado nuestro protagonista en calidad de invitado. Porque la casa no está literalmente en el pueblo, sino en lo que podrían denominarse las afueras, y ni siquiera el GPS se aclara al dar las indicaciones apropiadas para llegar hasta allí. Recurrir a los escasos lugareños con los que uno puede cruzarse en busca de indicaciones precisas, por otra parte, tampoco resulta de gran ayuda. Por lo visto, el Chemin des Coudelières no es conocido con ese nombre entre las gentes de Le Thor. Aunque es posible que el desconocimiento se deba a que se trata de una vía de nueva creación, fruto de la parcelación de esas tierras llevada a cabo a mediados de los años noventa.

En cualquier caso, la vivienda se encuentra en el Chemin des Coudelières, una vía sin asfaltar, difícilmente transitable cuando llueve en abundancia, porque como todavía no existe en esa zona del pueblo una red de drenaje propiamente dicha, se inunda y después se forma un barrizal impresionante. La casa es grande y sorprende su construcción cuando uno la aprecia al completo, tras cruzar la verja de entrada, que siempre está abierta, porque es alargada, está dividida en dos secciones y ocupa buena parte de uno de los laterales del solar, que dibuja un amplísimo rectángulo delimitado por un murete de piedra de escasa altura. El jardín, a falta de un nombre más adecuado, es enorme. Hay árboles frutales en uno de los flancos y también una zona dedicada a huerto, al fondo, pero lo que más destaca es la extensión de césped, con una tupida y añosa higuera casi en el centro justo. Debajo de la higuera hay una mesa de madera y sillas, como las hay también en la zona del porche a la entrada de la casa. Hay tres hamacas de tela dispersas por todo el jardín y también diferentes objetos con los que el perro de Henri, *Totó*, juega cuando le apetece, a cualquier hora del día. Uno de esos objetos es una versión, en goma dura, del cohe-te con el que Tintín y el capitán Haddock fueron a la Luna; ahora un tanto maltrecho.

En una de esas hamacas está tumbado el protagonista de esta historia, el arquitecto Mario Aldana, pensando en lo ocurrido la noche anterior y calculando cuáles han de ser sus pasos a partir de ese momento. Porque finalmente ha tomado una decisión, la primera decisión verdadera desde hace meses, y va a tener que actuar en consecuencia. Y la decisión es la siguiente: abandonar la casa de su amigo Henri, en la Provenza, e ir a ver a su hijo, a Barcelona. La decisión le sobrevino anoche, bien entrada la madrugada, a eso de las tres y media, es decir, una vez finalizada la absurda fiesta de disfraces que Emilie, la pareja de Henri, había decidido celebrar en honor a su invitado de larga duración: Mario.

Si la fiesta de disfraces puede calificarse de absurda se debe, en primer lugar, al tema de la misma: *El Mago de Oz*. Es decir, los asistentes tenían que acudir ataviados de algún modo, o con algún detalle u objeto, que remitiese a la novela de L. Frank Baum o a la iconografía de la película de Victor Fleming. En segundo lugar, a que Emilie, la anfitriona, insiste una y otra vez en que la llamen Em, como una suerte de

juego o broma recurrente. Hay que recordar que los tíos con los que vive Dorothy en *El Mago de Oz* se llaman Henry (con «y» final) y Em; del carácter irónico, infantil o simbiótico de los anfitriones de Mario se hablará un poco más adelante. Si a esto le sumamos el nombre del perro de la pareja, *Totó*, ya tenemos la panorámica al completo. Lo cual puede llevarnos a pensar que Emilie, o Em, tal vez simplemente andaba buscando una excusa, casi cualquier excusa, para montar lo que sin duda, al menos a ojos de Mario, era una absurda fiesta de disfraces.

Pero volvamos a la decisión que ha tomado Mario, lo de abandonar la casa de Henri e ir a ver a su hijo a Barcelona. Para entender la relevancia de dicha decisión hay que aclarar un par de detalles. En primer lugar, que Mario ha decidido ir a Barcelona para ver a su hijo; o al menos eso es lo que él quiere creer. Y es que Mario es padre. Y una vez fue marido. Y tuvo una familia. Y aunque ahora eso ya es historia y forma parte de un pasado que, a todos los efectos, es poco menos que remoto, su hijo, Marc, sigue siendo su hijo. Un chaval alto y fuerte como su padre, aunque con los rasgos faciales de su madre. ¿Y cuánto tiempo hace que no ve a su hijo? ¿Un año? ¿Año y medio?, se pregunta Mario observando cómo se aproximan por el horizonte, aunque muy lentamente, las brumas de la culpabilidad. En realidad no hace tanto que no se ven. En realidad, Mario se encontró con su hijo hace poco más de seis meses, de paso hacia Berlín, donde tenía que dar un par de charlas en las jornadas

de arquitectura. Pero lo vio, como tantas otras veces en los últimos tiempos, de un modo burocrático, para cumplir con el expediente pero sin contenido o sentimiento real. Ni siquiera le dijo adónde se dirigía.

Mario se justificó entonces, como había hecho en ocasiones anteriores, pensando que la distancia entre los dos era en ese momento excesiva. También se dijo que tratar con adolescentes es complicado, pues no tienen desarrollado por completo el lóbulo frontal y eso dificulta enormemente su comunicación con los adultos, dado que ese detalle los convierte en arbitrarios, impulsivos y absolutistas, incapaces de captar los matices. Ya habrá tiempo de retomar en profundidad nuestra relación, se dijo entonces, cuando Marc sea adulto, dentro de cuatro o cinco años.

Porque, entre otras dificultades, Marc, que tiene dieciséis, se empeña ahora en dedicarle apenas unos pocos monosílabos a su padre cuando habla con él.

El otro detalle que es necesario aclarar es que Mario lleva más de un mes alojado en casa de Henri. Alojado como invitado ajeno, externo, es decir, sin ninguna clase de justificación laboral o familiar o de cualquier otro tipo. Lleva más de un mes allí como quien dice sin haberse dado cuenta, instalado en una especie de transitoriedad estable que recuerda, por su esencia pasiva, a los procesos climáticos o a las fases de la evolución geológica.

Ya la llegada a la casa fue totalmente casual: se encontró con Henri en un funeral en Nantes, al que Mario había llegado desde la ciudad costera de La

Rochelle, donde estaba alojado en ese momento. Se trataba del entierro de un amigo común, el que hasta escasos días antes había sido el director de la Orquesta Nacional de Lyon, muerto en accidente de tráfico. Henri le dijo a Mario: te veo fatal, veinte unos días a mi casa de la Provenza. Y Mario aceptó la invitación. Así de sencillo.

Henri no podía imaginar el verdadero estado en el que se encontraba Mario, el proceso de desapego, de profunda apatía, en el que estaba inmerso el protagonista de esta historia. Aunque, a pesar de eso, y tras más de un mes alojando a su viejo amigo en su casa de la Provenza, a Henri no parece sobrarle su presencia. Más bien al contrario: Henri, y también Em, le han tratado, al menos hasta la madrugada anterior, con el mismo interés y buena disposición que el primer día.

Mario no se ha limitado a aprovecharse de la generosa hospitalidad de su amigo. Digamos que también ha colaborado en las labores de mantenimiento y limpieza de la casa. Ha barrido y fregado los días que no se ha presentado Wendy, la asistenta boliviana, si bien demostrando una evidente falta de costumbre y destreza, ha cortado el césped, y ha ido a comprar, solo o acompañado, cuando correspondía, sin que nadie tuviese que recordárselo y pagando de su bolsillo. Es lo menos que podía hacer. También ha comprado algunos detalles para la casa. Un jarrón de cristal rojo, por ejemplo, que ahora luce sobre la repisa de la chimenea del salón, tal vez el único hueco

libre que quedaba en toda la vivienda; algunas plantas de interior, atendiendo a la debilidad que Em siente por las orquídeas; o una vieja placa de metal para decorar el lavabo, muy *vintage*, muy bonita, en la que puede leerse: HOT BATHS, 25 C. SOAP & TOWEL EXTRA, y que ahora cuelga de la llave de paso del agua caliente en el baño de la planta de arriba.

Un mes también da para hacer algo de turismo, y Mario ha tenido tiempo de recrearse con los paisajes y las vistas, las ruinas y los sorprendentes rincones que ofrecen lugares más o menos cercanos a Le Thor como Gordes, Roussillon o Arles. Pero, de nuevo, teniendo en cuenta su estado, ese desapego o apatía a los que se ha hecho referencia anteriormente, afirmar que ha disfrutado de todo ello, que ha resultado para él una experiencia gratificante y enriquecedora, sería faltar a la verdad. Ha hecho turismo, por decirlo sin ambages, porque tenía que hacerlo; como barrer o fregar.